

Euskaros, nacionalistas y navarristas. Ideologías del pacto y la agonía en Navarra

("Euskaros", nationalists and "navarrists".
Ideologies of Navarre's agreement and agony)

Iriarte López, Iñaki*
Pl. Pintor Paret, 5, esc. izda., 3º B
31008 Iruña

BIBLID [0212-7016 (1999), 44: 1; 51-68]

Este artículo quiere explorar los orígenes discursivos de la compleja realidad política e identitaria de Navarra. Para ello, postula la existencia de dos formas de comprender e interpretar la identidad vasconavarra, a las que llama "tramas del saltus y el ager Vasconum". Durante el último tercio del siglo XIX, ambas tramas habrían coexistido en el interior del discurso euskaro. Más tarde, el navarrismo, hegemónico en Navarra, se habría decantado por el ager, mientras que el nacionalismo, más fuerte en Vascongadas, lo habría hecho por el saltus.

Palabras Clave: Identidades. Navarra. Navarrismo. Nacionalismo. Tramas.

Idazlan honek aztertu nahi ditu Nafarroako errealitate politiko askotarikoaren etorkinak. Horretarako, proposatzen ditu euskal nortasuna ulertzeko bi era: saltus eta ager Vasconum delakoien bilbeak. XIX'ko mendeko azken hamarkadetan, bi bilbeak ari ziren batera euskaros delakoien hitzaldian. Geroago, navarrismoak, Nafarroan hegemonikoa, jo zuen ager-en alde. Euskal nazionalismoak, Vascongadetan askoz indartsuagoa, berriz, saltus-aren alde.

Giltz-Hitzak: Nortasunak. Nafarroa. Navarrismoa. Nazionalismoa. Bilbeak.

Cet article tente d'explorer les origines discursives de la complexe réalité politique et d'identité de la Navarre. Pour cela, il met en évidence deux façon de comprendre et d'interpréter l'identité basco-navarraise, qu'il appelle "tramas del saltus y el ager Vasconum". Au cours du dernier tiers du XIXème siècle, ces deux arguments auraient coexisté au sein du discours euskaro. Plus tard, le navarrisme, hégémonique en Navarre, se serait incliné vers l'"ager", alors que le nationalisme, plus fort en Pays Basque, l'aurait fait pour le "saltus".

Mots Clés: Identités. Navarre. Navarrisme. Nationalisme. Arguments.

*Becario postdoctoral del Gobierno Vasco.

El cuadro de las identidades políticas en la Navarra contemporánea se caracteriza por su paradójica complejidad. Desde el comienzo de la democracia, el *navarrismo*, que rechaza frontalmente toda propuesta de unión con la Comunidad Autónoma Vasca, se ha erigido en la ideología hegemónica de la provincia. Buena parte de la población navarra llega incluso a desdeñar como advenedizo y ajeno a lo navarro cualquier tipo de referente cultural vasco.

Al mismo tiempo, la identidad vasca está muy marcada en importantes sectores de la población navarra. El nacionalismo vasco, partidario de una unión vasco-navarra, obtiene porcentajes de voto ciertamente minoritarios, pero nada despreciables e incluso mayoritarios en algunas partes de la provincia. Otros navarros, que rechazan como los navarristas su integración en un proyecto político-institucional vasco, se sienten de igual modo parcial o totalmente vascos, aunque sólo sea desde un punto de vista cultural¹.

Esta paradoja queda lejos de disiparse cuando se profundiza en el análisis histórico de los discursos políticos navarros. En realidad, puede decirse que, de hecho, el panorama se confunde todavía más. Muchos de los formadores del navarrismo, especialmente en el primer tercio del presente siglo, expresaron a lo largo de sus vidas puntos de vista abiertamente vasquistas e incluyeron a Navarra dentro de una colectividad vasca. Basten a este respecto los nombres de Raimundo García, el Conde de Rodezno, Víctor Pradera, Manuel Iribarren, Baldomero Barón, Julio Gúrpide, Rafael Aizpún e Hilario Yaben. Algunos autores navarristas, incluso, se situaron durante algún tiempo dentro de la órbita del nacionalismo vasco. Así, pueden citarse, entre otros, los casos de Eladio Esparza, Manuel Aznar y Esteban y Chavarría. El navarrismo, además, ha sentido un hondo respeto y un notable aprecio por las figuras y obras del movimiento *èuskaro*, al que, como es sabido, se apunta como antecesor del nacionalismo vasco (ELORZA, 1978). Arturo Campión, por ejemplo, es elogiado por navarristas tan destacados como el Conde de Rodezno (que le dedicará una elogiosa semblanza) (1912), Raimundo García "Garcilaso" (1911), Eladio Esparza (1936), Francisco López Sanz (1939, 123) y Javier Ibarra (1953, 51-52). Asimismo, los trabajos de Iturralde y Suit y Hermilio de Olóriz han sido admirados por navarristas como Manuel Iribarren (1956, 353) y Máximo Ortabe (1946, 1952). Todavía más: el ingente programa de reconstrucciones arquitectónicas que lleva a cabo la Diputación franquista en la postguerra aparece como una redención y una resolución de la denuncia contra el olvido de Navarra por parte de sus propios hijos, formulada por los *èuskaros* a finales del siglo XIX (IRIARTE, 1999).

Esta influencia dista mucho de limitarse a un vínculo periférico o de orden meramente personal. El navarrismo, en efecto, ha heredado de los *èuskaros* y compartido con el nacionalismo vasco un largo repertorio de textos, temas, relatos y mitos. De este modo, lugares como Leyre, Aralar, Olite e Irache; tópicos como los fueros, el euskera y la conquista de Navarra; personajes como Sancho el Fuerte, San Francisco Javier y el Príncipe de Viana; batallas como la de Roncesvalles y las Navas de Tolosa; e imágenes como la de Navarra en

1. El *Diario de Noticias* ofrecía hace cinco años los resultados de una encuesta de opinión en Navarra, realizada sobre 1.201 entrevistas personales, algunas de cuyas preguntas abordaban el problema de la identidad local. Según la encuesta, un 63% de los navarros pensaba que Navarra tenía una identidad propia diferenciada de las comunidades vecinas. Un 17% creía que en parte y un 16% que no se daba tal diferenciación. Respecto al sentimiento vasco en la provincia, un 22% de los entrevistados afirmaba sentirse muy vasco, un 16%, bastante vasco, un 12%, algo vasco, un 10%, poco vasco y un 40%, nada vasco. Con todas las precauciones que merece una investigación de este tipo, la encuesta parece reflejar algo que quienes vivimos en Navarra experimentamos cotidianamente, a saber, su relativa desvertebración identitaria. Relativa, digo, porque tanto vasquistas como navarristas comparten un sentimiento navarro. Cfr. *Diario de Noticias*, 24-V-1994.

ruinas o el papel protector de las montañas y los bosques, “elaborados” por la escuela éuskara, han poblado el imaginario político de nacionalistas vascos y navarristas (IRIARTE, 1998)². Unos y otros, por tanto, mantuvieron en lo sustancial la mitología historiográfico-política que, en buena parte sobre la base de la obra del padre Moret (1890-92), habían edificado autores como Iturralde, Campión, Landa, etc. En gran medida, esa mitología continúa todavía hoy vigente dentro de la sociedad navarra. En este sentido puede decirse que “el fracaso político de los éuskaros” (ELORZA, 1978) se vería a medio y largo plazo más que compensado por su éxito ideológico y cultural.

LAS TRAMAS DEL SALTUS Y EL AGER VASCONUM

A un nivel más profundo, la influencia de los éuskaros sobre nacionalistas y navarristas se cifró principalmente en la transmisión de las dos lecturas que habían elaborado de la identidad vasconavarra. Aprovechando por su expresividad la vieja distinción geográfica señalada por Plinio y Tito Livio, creo pertinente designarlas como “tramas del *saltus* y el *ager Vasconum*”.

Ambas tramas deben comprenderse como metarrelatos o moldes ideológicamente sesgados que organizan en relatos los diversos ingredientes narrativos, de acuerdo con una economía política del significado. Más precisamente, son formas de comprender la identidad vasconavarra y de generar y transformar conforme a su “rejilla” narrativa “historias”, símbolos, personajes, etc., generando así los relatos que componen un discurso político. En la medida en que, como veremos, postulan ideales de identidad contrapuestos, las tramas han pugnado entre sí por imponer su interpretación de los diferentes temas, tópicos, etc.

La noción de tramas, empleada con significados ligeramente diferentes por autores como Hayden White (1992) y Paul Ricoeur (1995), quiere responder a la naturaleza profundamente narrativa y dinámica de las ideologías. Éstas, más que constituirse como una serie precisa y perenne de puntos programáticos o como un cuerpo de principios fundamentales, del modo en que las ha concebido tradicionalmente la Historia de las Ideas políticas, deben comprenderse como una suerte de gramáticas transformacional-generativas de acuerdo a las cuales se lee el mundo y se escriben, desde la orientación *política* que proporcionan, los discursos concretos sobre la identidad nativa, las comunidades exógenas, los orígenes, la historia, el futuro, etc. Las tramas, más específicamente, disponen de los elementos narrativos, semánticos, factuales, etc., de una cultura (tanto da si popular o elaborada literariamente), produciendo relatos, narraciones, discursos, símbolos y nuevos significados conforme a su particular filosofía de la identidad local. A este respecto, nuestra concepción de las tramas se inscribe dentro de la toma de conciencia por parte de la politología y el análisis de las ideologías de la índole radicalmente literaria, semiótica, narrativa y retórica de los discursos políticos.

Las tramas tienen un carácter esencialmente formal y, en ese sentido, se encuentran relativamente vacías. Más que un relato-tipo o cardinal, con un argumento, unos personajes, una secuencia y un tiempo concretos, son esquemas abstractos que conforman ideológica-

2. El lugar del carlismo, tan poderoso en Navarra, dentro de los discursos regionalistas locales es difícil de precisar. Algunos carlistas formaron parte de la Asociación Euskara; otros, como Etayo, se movieron en la órbita nacionalista y otros, como Rodezno y Pradera, pueden ubicarse dentro del navarrismo. Para comprender la complejidad del carlismo basta con echar un vistazo a los diferentes análisis de los que ha sido objeto. Cfr. ESTORNÉS ZUBIZARRETA (1978) y OYARZUN (1939).

mente los relatos que componen cada discurso político. Es importante comprender que las tramas no solamente no ofrecen siempre los mismos relatos sobre los mismos tópicos, sino que pueden generar relatos notablemente diferentes a propósito del mismo tema. Con ingredientes diferentes las tramas construyen relatos ideológicamente equivalentes. Lo esencial de cada trama, por tanto, no es el contenido de sus relatos sino el sesgo que les imprimen y la concepción que sugieren de fondo de la identidad local.

Sin duda que, en último extremo, las tramas no carecen de algún contenido, pues de lo contrario no podrían forzar la disposición de los ingredientes narrativos. Ese contenido mínimo y específico de las tramas, como veremos a continuación, se refiere al modo en que conciben las relaciones del *ethnos* local con los pueblos que le rodean o, dicho de otra manera, en qué tipo de política postula para administrar lo endógeno y lo exógeno, lo propio y lo extraño.

Es importante comprender que, como metarrelatos, las tramas no se manifiestan por sí mismas jamás, sino solamente a través de los relatos que producen. Entre éstos y las tramas hay, por tanto, una relación circular.

Este carácter abstracto de las tramas obedece a su naturaleza analítica. A este respecto, es preciso remarcar que, como tales, las tramas no han estado en la mente de los autores que las utilizan. Son simplemente instrumentos conceptuales que nos sirven para leer e interpretar los discursos que sobre la identidad se han proferido, en Vasconia en general y especialmente en Navarra, desde el último tercio del siglo pasado³.

Los relatos del *saltus*, en concreto, describen a los vasconavarros o los vascones⁴ como un grupo aislado, bien definido, sin lazos de parentesco con los pueblos vecinos. Amantes de su independencia, virtuosos y austeros, han permanecido idénticos a sí mismos desde el comienzo de los tiempos, asentados en el mismo territorio, encerrados en sus montañas, sin salir al mundo o a la Historia. Ni conquistadores, ni conquistados, estos vascones sólo desean que se les deje en paz, poder pasar desapercibidos y continuar siendo ellos mismos. Esta trama ve siempre en peligro la existencia del *ethnos*, su ser histórico a punto de desaparecer devorado por los pueblos que le rodean, siempre más numerosos y ansiosos por dominarlos. Frente a esta amenaza, el *saltus* postula una política de resistencia agónica, que refuerce el aislamiento del *ethnos* y garantice su soberanía y pureza. Se trata, en definitiva, de permanecer en la senda marcada por los antepasados, de cerrarse al exterior y perseverar en lo nativo, de resistir el correr de la historia como hasta ahora, felizmente ocultos.

Frente a esta trama, los relatos del *ager*, por el contrario, giran en torno a la idea del pacto. Consciente de la pequeñez del *ethnos* y del poderío y la mayor civilización del Extraño, el *ager* propugna una alianza, por la cual los vascos aceptan renunciar a su *soberanía*, a parte de su integridad y *contaminarse*. A cambio, el poderoso Extraño deberá garantizarles una autonomía digna, la potestad de administrar sus asuntos y el respeto a su personalidad distintiva. El contacto con el Otro, además, civilizará a los vasconavarros, les proporcionará una cultura, un lenguaje, unas creencias y una tecnología mejores que las suyas. La Navarra del *ager* baja de sus montañas y pacta su entrada en la historia de la

3. Aunque las tramas del *saltus* y el *ager* se han aplicado en el análisis de los discursos navarros (éuskaro, navarrista y nacionalistas vasco en Navarra), parece viable extender su aplicación al regionalismo fuerista, al nacionalismo vascongado y al "nortismo", esto es, la derecha españolista vasca.

4. El nombre que se dé al grupo nativo –vasco, vascón, navarro, vasconavarro, montañés, etc.- es una cuestión menor. Lo fundamental, en el tema de los orígenes como en el del presente o el de su historia, son los atributos con que le caracteriza.

mano de una civilización superior: Roma, la Cristiandad, España, etc. Más allá de una alianza meramente estratégica, esta trama propugna una amistad sincera por la que la identidad nativa aportará lo mejor de ella misma, todos sus esfuerzos y todos sus recursos, al caudal de la nueva patria. Esto le reportará, como he dicho, unos beneficios, pero entraña también un sacrificio: a saber, la renuncia a la integridad original. Como sugiere la obra de Mauss (1979) y Lévi-Strauss (1993), aceptar al Otro, en la medida en que se convierte al enemigo en aliado, permite asegurar la vida del grupo, pero, como apunta, Bataille (1981), provoca una pérdida de la pureza endógena, una amenaza de disolución.

Como he afirmado, ambas tramas han compartido los mismos elementos narrativos, los mismos personajes, lugares, eventos, etc., pero los han dispuesto, los han *tramado*, en definitiva, de forma diferente, generando de este modo relatos *similares*, en cuanto a sus ingredientes individuales, pero muy diferentes en lo que se refiere a sus dimensiones ideológicas.

En el interior del discurso éuskaros se produjo una coexistencia del *saltus* y el *ager*. Los autores de esta tendencia a veces hablaron de los vasconavarros como un pueblo puro y sin iguales en la tierra, que debía cerrarse a las influencias extrañas para mantener intacta su personalidad. Otras veces, por el contrario, primaron el ideal del pacto, el sacrificio y la alianza con el Extraño. Esta ambigüedad se reproduce a menudo dentro de un mismo autor que utiliza las dos tramas, incluso dentro del mismo texto. Con todo, Desde el punto de vista *político*, y en la medida en que no llegaron a dar el paso hacia el independentismo y mantuvieron a España como último referente para Vasconia, puede decirse que los éuskaros optaron primordialmente por la trama del *ager*. En su discurso, la pureza de los vasconavarros servía sobre todo como un instrumento providencial que permitiría la salvación de España de las doctrinas modernas y la devolvería a su verdadera tradición histórica.

Sin embargo, desde un punto de vista más *literario*, más *retórico*, el predominio del *ager* sobre el *saltus* entre los éuskaros no fue tan acusado. Al mostrar a los vascos inmutables a lo largo de los tiempos, custodiando en sus montañas su pureza primitiva, atacando sin tregua a cuantos intentaban dominarles, su discurso exaltó un modelo identitario aislacionista. Del mismo modo, los éuskaros jugaron continuamente con la idea de que la identidad vasconavarra agonizaba y corría el riesgo de desaparecer a corto plazo. En resumidas cuentas, sus fines políticos, que se dirigían hacia la regeneración de España, no se correspondieron con su retórica o, al menos, con una parte importante de ella.

Una muestra interesante de la ambigüedad entre el *saltus* y el *ager* entre los éuskaros, políticamente resuelta en favor del *ager*, aparece en el famoso discurso de Arturo Campión del 22 de julio de 1893, con motivo del proyecto de presupuestos del ministro Gamazo (CAMPIÓN, 1985b). Después de compendiar la historia de los vascones, cuya "misión tradicional" cifra en "resistir" a cuantos enemigos le han amenazado (1985b, 89), Campión, citando al nacionalista irlandés O'Connell, lanza una velada amenaza de secesión, de emboscadura, si el Otro no se aviene a un acuerdo justo:

"En el improbable caso de que el parlamento cerrase los oídos a nuestras súplicas, apelaríamos a la Nación, y si ésta misma se encastillase dentro de ciegas preocupaciones, nos retiraríamos a nuestras montañas para tomar consejo de nuestra energía, de nuestro valor y de nuestra desesperación." (1985b, 108)

Ante las protestas del Vicepresidente de las Cortes, Campión puntualiza inmediatamente que no cree que llegue a darse el caso y protesta enérgicamente su españolismo (CAMPIÓN: 1985b, 108). De hecho, en un discurso ante las Cortes pocos meses anterior, Campión se declaraba "español" sin ambages (CAMPIÓN: 1985a, 84). Tampoco otros escritores del círculo éuskaros como Landa, Altadill e Iturralde rebasaron jamás los mojoneros del

“sano regionalismo”. Como he dicho, la ideología de la resistencia agónica y de la separación tenía en el discurso éuskaro una finalidad principalmente estratégica, a saber, la de figurar como una alternativa disponible en casos de especial gravedad, como la propia Gamazada, en los que la pervivencia del *ethnos* se sintiera amenazada.

Amaya o los vascos en el siglo VIII de Francisco Navarro Villoslada es otro de los textos de la órbita éuskara⁵ donde más clara y visible se hace la dialéctica entre las dos tramas y su resolución final en los términos del *ager*. Como es sabido, la novela, posiblemente el mayor éxito editorial de la literatura navarra, narra los comienzos de la monarquía navarra entre los últimos estertores de la España Visigótica y el inicio de la invasión musulmana. Antes de la llegada de los árabes, los montañeses vascos luchan a muerte contra los godos. Estos vascos son un pueblo orgulloso, “rebeldes, indómitos y montaraces” (NAVARRO VILLOSLADA: 1977, 25), sienten un “amor salvaje a la independencia y un odio implacable a toda servidumbre” (66). Defienden con “heroica tenacidad” “la independencia de sus montañas” (146), cuyas cumbres no ha hollado “ningún extranjero, celta, fenicio, cartaginés ni romano” (51). Desde estas atalayas combaten sin tregua a los godos, que sólo controlan Pamplona, Olite y otras plazas. Dejarse dominar por esos poderosos invasores probablemente traería a los vascones una mayor civilización y riqueza, pero para ellos no hay más mundo que su territorio y las costumbres y leyes que les legaron sus ancestros (155).

En este contexto, algunos caudillos vascos comprenden que la división interna ha permitido la ocupación de Vasconia por los godos, por lo que preparan la creación de un Reino que los una y los libere definitivamente de su odiosa presencia. Quien a la postre será el primer rey de los vascones, García Jiménez, comparte con sus hermanos de raza el odio hacia los invasores. Sin embargo, se enamora de Amaya, la hija de un jefe godo y una vasca, heredera del linaje de Aitor, el patriarca originario. Su amor por Amaya y, muy especialmente, la invasión de los árabes cambian el modo de ver las cosas de García, que acaba defendiendo un reino que incorpore a los godos y que tenga como objetivo la expulsión de los infieles de la Península. Tras diversos avatares, García se casa con su amada y es proclamado rey de Vasconia. De este modo, y merced al ideal de la fe, el destino de los vascos confluye con el de España.

“No hay ya en Vasconia vascos ni godos; todos somos cristianos.” (397)

En un interesante ensayo sobre la novela, Arturo Campión resumió perfectamente su argumento ideológico. *Amaya*, escribió, narra el tránsito por el que “los bascos, apartados hasta entonces, entran en el concierto de la nacionalidad española amenazada de muerte, movidos por el sentimiento de la fe” (CAMPIÓN: 1921-22, 306). Muchos años después, el interesante Miguel Javier Urmeneta hacía hincapié en la misma lección histórica:

“Amaya significa el fin. El fin de la era montaraz. Pero la consigna del libro es ‘Amaya da asiera’, o sea ‘El fin es el principio’.

Y en la novela el principio muestra cómo nuestro pueblo acepta con su empuje racial la nueva idea cristiana y pacta con el inveterado invasor la coexistencia de dos reinos, el godo y el vascón, confederados ante un común enemigo con base de partida, por entonces, en África.” (URMENETA: 1981).

Navarro Villoslada, en otras palabras, describió en su novela el *drama* de la agonía del *ethnos* y la comunicación con el Extraño. Describió a los vascos inicialmente hostiles a cual-

5. No es necesario que Navarro Villoslada compartiera punto por punto todas las ideas de los éuskaros para que quepa situar su novela en la órbita éuskara.

quier compromiso con los godos, dispuestos a combatirlos hasta que abandonasen su territorio, inmóviles en su concepción del mundo. Pero ante la presencia de un enemigo mayor, capaz de exterminar a vascos y godos, se impone la necesidad de una alianza, de un sacrificio de la integridad que, a través de una mezcla entre nativos y advenedizos, introduzca a los vascos en la historia, aunque, en contrapartida, conduzca también a una pérdida de la independencia primitiva. Sobre un retrato de la colectividad propio del *saltus*, en definitiva, *Amaya* se resuelve narrativamente a favor del *ager*.

Hay que advertir que aunque la distinción entre las tramas del *saltus* y el *ager* constituye un instrumento analítico extremadamente potente para comprender los discursos políticos y culturales de Navarra aproximadamente a partir de 1870, su presencia en cada texto y cada tema no resulta siempre clara. El tópico de la diferencia de carácter entre montañeses y riberos en la literatura navarra, por ejemplo, apenas refleja la dialéctica entre las tramas. Otro tanto sucede con el tema de los Sanfermines, tan abundante entre los autores navarros durante el franquismo. Esta imposibilidad para interpretar un texto o un tópico a partir de su contribución al *saltus* o al *ager* parece responder a la presencia de lógicas del sentido entre éuskaros, nacionalistas y navarristas diferentes a las planteadas por las tramas. Lejos de suponer una refutación de la viabilidad hermenéutica de las tramas, esto simplemente mostraría el carácter “palimpsestuoso” de los imaginarios políticos y culturales (GENETTE: 1989).

Además, y pese a la existencia de esos y otros temas difíciles de ubicar, la presencia de las tramas en la cultura política navarra, globalmente considerada, resulta notoriamente diáfana.

A este respecto, el cuento de Arturo Campión, *Los consejos de los tiempos pasados* (1934) constituye un buen ejemplo de la presencia del *saltus*. La noche del 21 de julio de 1876 el narrador del cuento lamenta la supresión de los fueros vascongados en virtud de la ley promulgada por las Cortes españolas ese mismo día. Presiente que con ella Euskal Herria ha quedado destruida. De pronto sufre una visión: un ángel, el ángel de los tiempos pasados, le transporta a la Vasconia del siglo I. Allí contempla cómo el *batzarre* de los vascos parlamenta con unos embajadores romanos. Éstos les transmiten la oferta del emperador Augusto: los euskaldunes deben someterse pacíficamente a Roma. Cada año le pagarán diversos tributos en hombres, mujeres, ganado y plata. Augusto exige además la entrega del árbol de Guernica. A cambio, los vascos conocerán la civilización y el lujo:

“Hoy vivimos en los montes a manera de jabalíes; mañana viviremos ricos y poderosos en las ciudades; hoy andamos cubiertos de pieles, mañana andaremos cubiertos de riquísima seda; hoy moramos en cabañas, mañana moraremos en palacios; hoy somos ignorantes, mañana seremos sabios.” (124)

Si los *euskaldunak* rechazan la oferta del emperador, sus legiones arrasarán Vasconia a sangre y fuego. Roma exterminará a hombres y mujeres, venderá a niños y muchachas, quemará los pueblos, “destruirá toda la Euskal-Erria hasta borrar su nombre” (125). En definitiva, se trata de escoger entre el vasallaje y la muerte. ¿Cuál es la respuesta de los vascos?

“¡Morir! ¡Morir! gritaron todos, levantando a lo alto las manos.” (125)

Como en *Amaya*, los vascos deberán superar su división interna para tener éxito. Una vez unidos, nadie podrá dominarlos. Ese es, precisamente, el consejo de los tiempos pasados para el presente.

Resulta interesante confrontar esta lección de los ancestros con una novela poco conocida de un autor de la órbita navarrista, Luis del Campo, que lleva por título *Jaizki el proscrito* (1960). En ella, del Campo narra la historia de *Jaizki Beitia*, un vascón en tiempos de Julio César. Tras el asesinato de su padre por los romanos, Jaizki es protegido por un griego que

lo lleva consigo a Roma. Allí es adoptado por una rica dama romana y toma el nombre de Quinto Marsilio. Ocultando su origen vasco, Jaizki se alista en la milicia, en cuya graduación va ascendiendo merced a su valor y honestidad. Por fin, alcanza el grado de general y se sitúa como hombre de confianza de Pompeyo. Gracias a su posición privilegiada, se entera de la inminente invasión de Vasconia por los romanos. Siguiendo la voz de su sangre, Jaizki se apresura a alertar a sus compatriotas, que lo eligen caudillo. El héroe se muestra dispuesto a llegar a un acuerdo con Roma. Sabe que “*su patria nativa, por ser más débil, debería bajar la cerviz, posponiendo el orgullo pero manteniendo el honor*” y que “*su patria adoptiva debería saber reconocer el sacrificio de aquel pueblo montaños, no avasallándolo, sino premiándolo*” (67). Los vascos permitirán a Roma construir una calzada que atravesase el país; además, pagarán cada dos años unos tributos a la República. A cambio, los romanos respetarán la independencia vasca y no se entrometerán en sus asuntos. Ante el *Batzarre* reunido para escucharle Jaizki declara:

“Vasconia se mantuvo siempre erguida, como los robles de nuestros bosques. Pero así como el árbol se inclina ante el huracán para no ser arrancado, nuestro pueblo debe saber pactar.

Esta es la única solución que he hallado tras mucho cavilar: o morir matando o pactar. Pero he citado la lección de nuestros padres y debo recordar que somos fieles guardadores de su espíritu y tradiciones: pactar no puede equivaler ni a mendigar, ni a humillarnos.” (1960, 85)

Sin embargo, y dado que Roma está acostumbrada a despreciar a sus vasallos, Jaizki entiende que antes de pactar será preciso combatir. Tras una serie de peripecias y golpes de mano, Jaizki consigue su objetivo y Roma y Vasconia pactan una digna alianza, inaugurando así una época de prosperidad y amistad entre ambas.

Ante el mismo tema, las relaciones con los romanos, con el Extraño, Campión y del Campo adoptan, pues, soluciones contrapuestas. Frente a la política del “morir todos” decidida por el *batzarre* imaginado por Campión, del Campo propone una salida en términos de renuncia y colaboración. Naturalmente, las condiciones pactadas por Jaizki son muy diferentes al *ultimatum* del emperador Augusto en el cuento de aquel. El acuerdo alcanzado por Jaizki entre los vascones del cuento de Campión volvería absurda la radical elección de los antepasados y, a la vez, la oferta de los romanos de Campión en la novela de del Campo volvería al pacto una rendición humillante. Obviamente, la ideología del pacto exige un Extraño dispuesto a respetar a los vascos, del mismo modo que la resistencia categórica necesita de unos extranjeros dispuestos a pulverizar su diferencia.

La presencia del *saltus* y del *ager* es visible en numerosos textos de la literatura navarra desde 1870, aproximadamente, hasta la actualidad, a propósito de temas entre los que destacan los orígenes de los vasconavarros, su lengua, su vida histórica, las hazañas bélicas que llevan a cabo y los fueros.

En lo que se refiere a los orígenes de su raza, el retrato del pueblo vasco desde la perspectiva del *saltus* hace hincapié, como he dicho, en su originalidad y su unidad étnica. En palabras de Arturo Campión, por ejemplo, los vasconavarros constituyen una raza-isla, un grupo misterioso e irreductible, “un islote étnico y lingüístico rodeado de tenebroso mar” (CAMPIÓN: 1919, 31). Su amigo, el militar español Julio Altadill, coincide con él cuando sentencia que la raza vasca “no tiene hermanas en el mundo” (ALTADILL: 583). Cerca de cuarenta años después de estas palabras, en su estudio sobre los *Orígenes de los vascos*, Bernardo Estornés escribía:

“El País Vasco aparece en el continente europeo como cuña de hierro incrustada en una encina, y así como el metal de esta cuña jamás se transforma en la madera del árbol, así también la raza vasca no se mezcla con los pueblos vecinos.” (1965, T4, 109)

Si el *saltus* afirma la originalidad étnica, la pureza y el aislamiento de los vasconavarros, el *ager* tiende, de diferentes formas, a debilitar esos rasgos. En primer lugar, desdibujando su originalidad étnica, integrando ese "islote étnico" en un colectivo mayor. Según podía leerse en 1936 en las columnas del *Diario de Navarra*, por ejemplo, "los vascos no son o no somos como creen los nacionalistas algo aparte en la creación [...] sino que son simplemente una rama del tronco jafético que pobló el sur de Europa Occidental" (F.S.: 1936, 1). En segundo lugar, el *ager* ha propuesto el origen impuro, mestizo, de los vascos. Eladio Esparza, por ejemplo, afirma en 1943 que aquellos son mezcla de camíticos y caucásicos, "con un fondo autóctono de origen magdalenense" (1943, 134). En tercer lugar, el *ager* ha fragmentado internamente el sujeto étnico vasco. Así, Jaime del Burgo (1978, 436) ha insistido en los diferentes orígenes étnicos de alaveses, guipuzcoanos, vizcaínos y navarros.

Desde 1870, en los comienzos del regionalismo éuskaru, hasta hoy han circulado por la cultura navarra una multitud de hipótesis sobre los orígenes de los vascones. Las teorías científicas, sin embargo, tienen un papel ideológicamente secundario, si no completamente irrelevante. De hecho, sobre las mismas hipótesis se han escrito relatos de los orígenes tramados tanto a partir del *ager* como del *saltus*. Y, al revés, sobre hipótesis diferentes se han escrito relatos de los orígenes contruidos en base a la misma trama. En otras palabras: hasta cierto punto resulta indiferente si se hace a los vascos descendientes de Túbal, arios o turanios. Lo determinante desde una perspectiva ideológica es la trama en la que se incluyen esas hipótesis y el relato sobre la identidad y la relación con el Extraño que se construye a través de ellas.

Más allá de los orígenes, las tramas ofrecen caracterizaciones completas del ser histórico vasconavarro. Para el *saltus* el pueblo vasco debe su pervivencia a su aislamiento, a su afán por permanecer inalterable, felizmente encerrado en su estrecho territorio, fiel a las virtudes y las costumbres de sus ancestros. Esta visión de la historia de Vasconia aparece con claridad en la pluma de Hermilio de Olóriz:

"La raza euskara, enemiga de toda extraña influencia, feliz en su oscuridad y amante de su libre tradición más que de su vida, la raza euskara, que no concibe otro mundo que el limitado por sus selvas, que ha visto desaparecer de la vasta escena al galo, al romano, al godo, al árabe, que ha asistido a la fundación de grandes imperios y poderosas Repúblicas, y que luego ha presenciado su desquiciamiento, la raza euskara, hermosa imagen de la eternidad, raza que parece carecer de principio y permanece fija e inalterable entre lo mudable y pasajero, ¿cómo ha de transformar su ideal y su carácter sin que un enorme sacudimiento trastorne el órgano de su vida?" (OLÓRIZ: 1880, 61-62)

Frente esa la lógica de la resistencia aparece, como he adelantado, una lógica del sacrificio, de la colaboración, de la puesta al servicio de destinos universales. Como sucedía en *Amaya*, la pérdida de integridad y de soberanía que entraña el pacto, la contaminación con el Extraño, aparece a menudo como una muestra de generosidad, de grandeza, como una toma de conciencia de la necesidad de salir del terruño para luchar en favor de ideales superiores. A propósito de la conocida jota de Larregla y Blasco, *Navarra siempre p'álante*, escribe un irritado Manuel Iribarren Paternáin:

"Navarra siempre p'álante me ha producido desde que la oí por primera vez, indignación y sonrojo. [...] Porque Navarra es precisamente todo lo contrario de lo que esa chabacana letra pregonaba. [...] siempre que el mundo se ha visto amenazado de hundimiento, [...] siempre que la barbarie ha tratado de destruir la civilización [...] Navarra [...] ocupó un puesto de vanguardia, sacrificó generosamente la sangre de sus hijos y vació sus arcones en la medida de sus posibilidades y estrechez de recursos." (IRIBARREN: 1956, 9-10)

En esta línea, los autores próximos al *ager* se complacen en recoger la presencia de vasconavarros en las gestas peninsulares, como la evangelización y la conquista de

América o la Reconquista. La propia creación de la Institución Príncipe de Viana, en 1939, tiene el propósito de “destacar la aportación de los navarros a la cultura hispana” (CONDE DE RODEZNO: 1947, 93). También el citado Manuel Iribarren dedica un notable espacio de su *Navarra. Ensayo de biografía* (1956) a describir la presencia de navarros en la historia de España. Cada caso aparece como un exponente de la participación en empresas que superan el estrecho marco de la tribu. Los vascosnavarros ya no permanecen confinados en los límites de su territorio. Todo lo contrario: ahora lo que les distingue es su vocación exterior. En una importante conferencia sobre la participación vasca en el nacimiento de Castilla Fray Justo Pérez de Urbel sentencia:

“Ahora sólo resta sacar una conclusión: que el genio vasco era ya entonces lo mismo que hoy: dinámico y aventurero, activo y emprendedor, sediento de expansión y ávido de azares y peligros, y que es inútil trabajar por encerrarlo en la estrechez del caserío o en la cárcel del valle nativo.” (PÉREZ DE URBEL: 1946, 30)

Antes que él, en 1935, el donostiarra Lojendio (1935) caracterizaba de manera parecida la identidad vasca. Por un lado, entreveía una tradición “del terruño”, cerrada sobre sí misma, rural, localista. Por el otro, una tradición expansionista, imperial, aventurera, ejemplificada en Ignacio de Loyola y Juan Sebastián Elcano. Esta última, crecida sobre la base de la primera, sería la que daría grandeza histórica a Vasconia.

Desde la perspectiva del *ager*, la política de la resistencia agónica contra el Extraño no sólo no conviene a los vasconavarros, sino que incluso es suicida. A su modo de ver, el pacto, la entrada condicionada a la civilización, ha sido históricamente la única opción viable que ha permitido a los vasconavarros perdurar a través de los siglos. Como sentencia Eladio Esparza, a propósito de la política aislacionista mantenida por los vascones tras la caída de Roma, y el comienzo de otra política de apertura con la Reconquista:

“Permanecer en su fiera independencia, sin expansión territorial bastante, sin acoplar sus instituciones al ritmo de los tiempos, en un balancín temerario, equivalía a la desaparición como pueblo a plazo fijo.” (ESPARZA: 1940, 31)

Como he señalado anteriormente, a menudo el modelo aislacionista se conjuga hábilmente con el modelo aperturista. En ese caso la inmovilidad y el enclaustramiento se convierten en una fase transitoria que acontecimientos como el cristianismo o la unificación peninsular habrían vuelto innecesarios e incluso peligrosos de cara a garantizar la supervivencia de la tribu. Una muestra interesante de esta estrategia narrativa aparece en la importante conferencia “La literatura política en la Navarra medieval” pronunciada por el madrileño Francisco Elías de Tejada en 1956. Sin que quede clara su pertinencia para el tema tratado, Elías de Tejada reseña con cierta extensión la historia del reino de Navarra. Sus orígenes, afirma, se encuentran en una de las tribus del patriarca Aitor, en uno de aquellos grupos de vascones que

“[...] vivían fijos en los valles de las montañas pirenaicas del Oeste [...] celosos de una independencia cuyo origen se pierde en la noche oscura de las Edades prehistóricas; núcleos aislados en su poquedad numérica y apenas relacionados entre sí por los lazos del común idioma, de la raza y de la hostilidad al invasor romano o godo [...]. Gentes rudas que no sintieron jamás el apetito de la conquista ni se dejaron conquistar por nadie, que [...] vieron siempre inmutables y siempre independientes el recio pisar de las legiones o el temblor de las hordas invasoras bárbaras [...] impávidos espectadores.” (1956, 202)

La llegada del cristianismo consigue lo que las armas romanas no consiguieron: “rendir a los soberbios montañeses haciéndoles doblar la frente y la rodilla” (202). Este hecho resulta determinante para los destinos de Vasconia. Los vasconavarros todavía pelearán

con saña contra los godos por mantener su independencia pero, cuando se produzca la invasión árabe, ya no podrán continuar indiferentes, protegidos por los Pirineos. Como sucedía en *Amaya*, su fe cristiana les obliga a intervenir en defensa de la religión verdadera:

"La extensión de la reconquista planteó el primer gran dilema de este reino [...]: la de decidir entre encabezar la lucha contra el árabe, transformándose en eje de la recuperación del suelo peninsular, o tornar a la esquiva situación primera, a la sombra de la montaña protectora, sin sueños imperiales dentro del reducido solar patrio."(203)

Para Elías de Tejada, Sancho el Mayor es el monarca que más decididamente intenta sacar a los vascones de su tradicional aislamiento, al procurar la unión de todos los territorios cristianos. Pero fracasa y, a su muerte, Navarra queda condenada a la "suerte del 'utrínque roditur'" (203). Ya no podrá mantenerse independiente por mucho tiempo. Nominalmente perdurará cinco siglos pero, en realidad, el reino carecerá de autonomía política. El sacrificio llevado a cabo por Navarra en favor de la fe tiene, por tanto, como resultado una pérdida de soberanía, un debilitamiento y un agotamiento históricos. Con todo, y aunque las circunstancias frustran el liderazgo de Navarra, ésta termina por integrarse en 1512 en la empresa que trató de llevar a cabo: la España católica e imperial. De nuevo, el *ethnos* sacrifica su integridad por una causa que le excede. A cambio, España respetará sus fueros, reconociendo así su personalidad diferenciada.

Como los orígenes de la raza y el destino histórico de los vascos, el euskera ha sido también objeto de disputa entre el *saltus* y el *ager*. Desde la trama aislacionista se ha visto en él una lengua sin parentesco, diferente a todas, que reflejaba perfectamente la originalidad del ser vasco, una lengua que había permanecido incontaminada, idéntica a sí misma desde los más remotos tiempos y que tenía como misiones proteger a los vasconavarros del exterior y garantizar su integridad y supervivencia. El luzaidarra José M^º de Iraburu, por ejemplo, desarrolla esta concepción cuando escribe:

"[...] el vascuence es el más fuerte obstáculo y el valladar más infranqueable que guarda nuestro país, de las disolventes doctrinas modernas y de la impiedad del ambiente. Escudadas en él se conservan las piadosas costumbres de nuestra raza, pero quitadles su defensa, abrid brecha en su idioma, y veréis entrar por ella, sin medio alguno que ataje el mal, la prensa sectaria que matará la fe y los hábitos viciosos que envilecerán el alma."(IRABURU: 1922, 139)

La estrategia del *ager* con el euskera puede describirse como una inversión de los supuestos del *saltus*. Así, en primer lugar, ha cuestionado su capacidad para definir la esencia del *ethnos*. Víctor Pradera, por ejemplo, recuerda cómo ya los antepasados escribieron en castellano sus leyes y fueros (PRADERA: 1945, 326). En otras ocasiones, el *ager* ha puesto de relieve la presencia de otras lenguas en Vasconia, debilitando la importancia del euskera. Así, Jaime del Burgo ha subrayado cómo el castellano y el navarro-aragonés no fueron importados a Navarra, sino que nacieron en ella (BURGO: 1978, 173). En tercer lugar, el *ager* ha negado la absoluta originalidad del vascuence, afirmando su parentesco con otras lenguas. En 1943 Eladio Esparza, por ejemplo, señalaba, haciéndose eco de las investigaciones de Menéndez Pidal, que "la lengua vasca debe ser apreciada como una lengua mixta" (ESPARZA: 1943, 234). Por último, la trama pactista ha llegado a proponer una renuncia al vascuence como una rémora para el desarrollo del ser histórico vasco y de su entrada en lo universal (SALAVERRIA: 1912).

También el tópico por excelencia de la política vasconavarra, los fueros, ha sido descrito conforme a las dos tramas. Desde el *saltus*, en primer lugar, los fueros se han concebido como un instrumento para garantizar el aislamiento del *ethnos*, como una suerte de valladar

jurídico que, en ausencia de un Estado independiente, protegería a los nativos de la nociva presencia y la influencia de los extraños. Así, autores como Olóriz (1880), vieron en la vieja legislación local una cordillera que separaba a los vasconavarros de España y que les permitía administrar soberanamente sus asuntos. Los fueros, como dice Santos Landa en un libro para niños, "son sencillamente ese derecho primario de administrar nuestra casa *sin intervención de extraños*" (1886, 54).

Desde el *ager*, por el contrario, los fueros encarnan por excelencia el pacto por el que los vasconavarros entran en España. Como tales entrañan una renuncia, el sacrificio de la integridad y de la independencia, en favor de una nueva patria de perspectivas más amplias. Son, como dice Pradera, el "gran título de amor de Vasconia a España" (1918, 9). El fuero, como fórmula de autonomía, de integración condicionada, pierde así toda concreción y se convierte en un principio histórico abstracto que habría guiado al *ethnos* a lo largo de los siglos. Precisamente para Eladio Esparza toda la historia de Navarra se resume fielmente en esta presencia del fuero entendido como pacto.

"Expresión auténtica y viva de esta voluntad de Navarra ha sido desde los hechos más remotos de su existencia, el pacto. Pacto el del siglo XI, pacto el del siglo XVI, pacto el del siglo XIX." (1935, s.p.)⁶.

También Esteban y Chavarría articula toda la historia de Navarra en torno a su colaboración con España. En 1841, afirma, Navarra, con "generosidad incompensable", renuncia a todas las "instituciones fundamentales de su autarquía" (ESTEBAN: 1936, 1). A cambio de esta renuncia al aislamiento, España, como una nueva Roma, reconocerá la peculiaridad de los navarros, les garantizará cierta autonomía y, lo que es más importante, los introducirá en el curso de la historia universal.

LAS TRAMAS Y EL DESARROLLO DEL NACIONALISMO Y EL NAVARRISMO

Hasta cierto punto la irrupción y el desarrollo del nacionalismo vasco y el navarrismo a partir de principios de siglo vino a clarificar la ambigüedad retórica de los éuskaros. Esto supuso al mismo tiempo su desaparición a medio plazo como corriente del panorama político navarro.

Como se puede suponer, los navarristas se inclinaron globalmente por la trama del *ager*. Se centraron en una defensa radical de la españolidad de Navarra, enfrentándose a cualquier proyecto independentista, y concibieron los fueros como un pacto histórico de igual a igual con España, por el que se garantizaba cierta autonomía para Navarra. Aunque con reticencias, el navarrismo terminará por interpretar la llamada "Ley paccionada" de 1841 como la expresión paradigmática de esa alianza. Por medio de ella, el *ethnos* habría sacrificado su soberanía en favor de España y ésta, a cambio, se habría comprometido a respetarle unos privilegios. Tomando como referentes sucesos como la batalla de las Navas y la Guerra de 1936 y personajes como el Príncipe de Viana y San Francisco Javier, los autores navarros elaboraron una historia de Navarra a partir de sus contribuciones a lo español. Profundizando en el *ager*, el navarrismo ha tendido más adelante a subrayar la pluralidad étnica de la provincia, el carácter mixto del euskera y la importancia del navarro-aragonés, el hebreo y el occitano en Navarra. Incluso en el terreno de la geografía, Navarra se convirtió,

6. El pacto del siglo XI es, presumiblemente, la unión de Navarra y Aragón con Sancho Ramírez. El del XVI la conquista de Navarra y el del XIX la ley de 1841.

por su variedad paisajística, en “una España en escala reducida” (IRIBARREN: 1956, 28). Todo el ser y la historia de Navarra, en definitiva, avalaban su inserción en España a través del pacto.

Por su parte, el nacionalismo vasco, que obtendría un gran éxito en Vascongadas, pero una presencia más discreta en Navarra, tendió a ceñirse a la trama del *saltus*. El principal resultado de esta “especialización” fue su rechazo a la idea de España, algo que en el caso concreto del nacionalismo navarro parece que no se produjo con la fuerza con que se dio en las Vascongadas (MARTÍNEZ-PEÑUELA: 1989). Como a los navarristas su radical opción por el *ager*, la toma de partido por el *saltus* exigió a los nacionalistas una relectura de la historia y los tópicos de la cultura navarra a partir de las ideas de aislamiento y resistencia agónica a todo lo exógeno. Asimismo, el rechazo al referente español abrió les separó radicalmente del fuerismo regionalista éuskaros y del navarrismo.

Con todo, la ambigüedad que había distinguido el discurso sobre la identidad elaborado por los éuskaros, aunque quedó atenuada, no llegó a disiparse completamente. Tanto nacionalistas como navarristas emplearon retóricamente en ocasiones la trama en principio contraria. Muchos nacionalistas navarros, por un lado, continuaron reticentes ante los proyectos de una separación radical de España y entre los navarristas, autores como José M^a Huarte (1934), Miguel Ángel Astiz (1943) y Julio Gúrpide (1944), entre otros, describieron ocasionalmente el ser de Navarra en clave de resistencia, agonía y pureza. En fechas tan avanzadas como 1966, Álvaro d’Ors, un autor de la órbita navarrista, renovaba la amenaza de secesión, lanzada por Campián en 1893, si España no cumplía su parte del pacto con Navarra.

“[...] me atrevo a plantear así de grave el dilema de España: o fuero o... fuera” (1966)

EL NAVARRISMO CONTEMPORÁNEO

Es patente que el navarrismo contemporáneo, aunque incorpora de manera principal una ideología del pacto, incluye rasgos que van más allá de la trama del *ager*. De este modo, a partir de la Transición, el rechazo a la unión con las Vascongadas e incluso el anti-vasquismo, han pasado a jugar un papel fundamental en el discurso político navarrista.

Ciertamente, las reticencias hacia un proyecto regional panvasco, que pudiera dar origen a un estado separado, habían estado presentes en el navarrismo con anterioridad a la Transición. A este respecto, es bien conocido el rechazo de parte del navarrismo al estatuto de Estella de 1932 (ARBELOA: 1978). Sin embargo, hay que precisar que la postura del navarrismo respecto al proyecto de unión vasconavarra no fue en absoluto unánime. De hecho, Aizpún y Gortari, que fundarían en 1933 la primera organización netamente navarrista (*Unión Navarra*), apoyaron hasta el final la presencia de Navarra en el proyecto estatutario. Entre los carlistas, Joaquín Beúnza llegó a presentar su dimisión como diputado a Cortes por el rechazo de los ayuntamientos navarros al proyecto. Por lo demás, tampoco la crítica al Estatuto entrañó siempre una negación de la identidad –total o parcialmente vasca– de Navarra. Víctor Pradera y Eladio Esparza, a quienes cabe señalar como principales artífices de la campaña navarrista contra el Estatuto, jamás dejaron de proclamarse vascos. En realidad, si se repasa la discusión habida en Navarra en torno al Estatuto de 1932 (ESTEBAN: 1931; 1932; YABEN, 1932; CONDE DE RODEZNO: 1932; PRADERA: 1932), es evidente que el tema de la identidad, tal y como es entendido hoy, no desempeñó un papel de importancia.

Por otro lado, es necesario llamar la atención sobre el hecho de que el problema de la unión con Vascongadas, aunque aparece eventualmente en los últimos ciento cincuenta años,

no ha tenido una presencia apreciable en la política navarra⁷. El vasquismo, siquiera testimonial, es la tónica predominante entre carlistas y navarristas. Es únicamente en el contexto de un Estado que se plantea su descentralización regional donde hace su aparición el problema de si se desea un marco político e institucional específico para Navarra o bien uno común con las Vascongadas. Por este motivo, durante todo el franquismo la discusión entre anexionistas y navarristas, que hoy tenemos por esencial en la política navarra, apenas comparece⁸.

¿Qué ha motivado, entonces, el desarrollo del antivasquismo dentro del navarrismo a partir de la llegada de la Democracia?

Hay que confesar que el problema no parece susceptible de una respuesta suficiente y completa. El sesgo antivasquista de buena parte de la sociedad navarra tiene componentes coyunturales e históricos, políticos, económicos, sociales y demográficos sumamente complejos para abordarlos en este trabajo. Con todo, sí se pueden destacar algunas circunstancias que rodearon el “giro antivasquista” del regionalismo navarro.

En primer lugar, cabe referirse al cambio habido en los últimos cuarenta años en la sociedad vascongada. Tradicionalmente el referente “vasco” había connotado en Navarra las ideas de orden, religiosidad, armonía social, patriarcalismo, moralidad, etc. Hacia 1977, cuando el rechazo a la identidad vasca se extiende entre la sociedad navarra, lo “vasco”, por el contrario, se relaciona con conflictividad social, hiperpolitización, irreligiosidad, ruptura de normas, terrorismo, etc. Esto atrajo a buena parte de la juventud navarra de izquierdas al campo del vasquismo, pero alejó de lo vasco a las conservadoras clases medias navarras.

Es interesante constatar, en segundo lugar, cómo la mayoría de los vascongados y la mayoría de los navarros salían del franquismo con visiones contrapuestas de la Guerra Civil y de la Dictadura. En las Vascongadas la contienda pasa a la memoria política colectiva como una derrota, que termina con el autogobierno y que da paso a un régimen ferozmente represivo contra lo vasco. Navarra, en cambio, y a pesar de la dura represión que sufren los republicanos (ALTAFFAYLLA: 1986), “recuerda” la Guerra como una victoria. No en vano, su juventud se había volcado entusiasta en los frentes de batalla “por Dios y por España” y había obtenido para su escudo la laureada de San Fernando. Durante el franquismo, además, se habían respetado formalmente sus fueros y se había producido un notable incremento de la riqueza, creándose una amplia clase media. A la salida de la dictadura las instituciones vascongadas carecían de todo prestigio entre sus ciudadanos, mientras que la Diputación Navarra, a pesar de su resistencia a democratizarse, era muy apreciada por buena parte de los navarros. Desde entonces hasta ahora, el proyecto político del nacionalismo vasco, percibido desde Navarra como hegemónico entre la sociedad vascongada, ha parecido dirigirse a medio o largo plazo hacia una ruptura con el Estado. Por contra, los apoyos sociales al navarrismo entienden que Navarra ha conseguido, por medio del pacto razonable con ese Estado, un bienestar económico y social sin precedentes. En este sentido, el navarrismo ha sabido convertirse en la ideología del desarrollo económico experimentado por Navarra a partir de los años sesenta, vinculándolo al mismo tiempo al proyecto de una autonomía razonable dentro de España.

7. El testimonio más temprano de rechazo a la unión vasca parece ser la publicación del folleto *Laurac Bat* por Cayo Escudero y Marichalar en 1867. Otras muestras de rechazo a la unión vasconavarra pueden verse en *El Liberal Navarro*, en concreto el artículo “El Lau-buru” publicado el 22 y el 24-VIII-1886. Pese a todo, estos textos han permanecido relativamente desconocidos, no siendo prácticamente citados por los navarristas posteriores.

8. Ante el proyecto de delegaciones territoriales para el desarrollo, en noviembre de 1973, algunas voces pidieron una Navarra sola y no unida a las Vascongadas, Logroño, Burgos y Santander, como aparecía en el Decreto de 5-XI-1973.

BIBLIOGRAFÍA

- AIZPÚN, Rafael (1952): *Naturaleza jurídica de las Leyes Forales de Navarra*, reproducido en AA. VV., *Temas Forales*, Dip. Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1966.
- ALTAFFAYLLA KULTUR TALDEA (1986): *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Altaffaylla Kultur Taldea, Tafalla. 2 volúmenes.
- ANDRÉS-GALLEGO, José (1982): *Historia Contemporánea de Navarra*; Ediciones y Libros, Pamplona.
- ARANZADI, Estanislao de (1902), *Reconstitución del Pueblo Euskaldún en la reconstitución de la Lengua*, Imp. y Lib. de J. Astuy, Bilbao.
- ARBELOA, Víctor Manuel (1978): *Navarra ante los estatutos: introducción documental (1916-1932)*, Ediciones y Libros, Pamplona.
- ARVIZU, Francisco Javier (1953): *Elementos de Historia de Navarra y su régimen foral*, Ed. Aramburu, Pamplona.
- ASTIZ, Miguel Á. (1943): *¡Por San Miguel de Aralar!*, Junta Pro San Miguel Excelsis, Pamplona.
- BATAILLE, Georges (1981): *Teoría de la Religión*, Taurus, Madrid.
- BERIAIN, Josetxo (1998): *La identidad colectiva: vascos y navarros*, Universidad Pública de Navarra-Haranburu, Pamplona.
- BURGO, Jaime del (1964): *España en paz. Navarra*, Publicaciones Españolas, Madrid.
– (1978): *Historia de Navarra. La lucha por la libertad*, Tebas, Madrid.
- BURGO, Jaime Ignacio (1979): *Navarra es Navarra. Tres años de lucha en defensa de nuestra identidad*, Gráficas Irujo, Pamplona.
- CAMPIÓN, Arturo (1919): *De las lenguas, y singularmente de la lengua baska, como instrumento de investigación histórica*, Bilbaína de Artes Gráficas, Bilbao.
– (1921-22): “Amaya o los vascos en el siglo VIII. Estudio crítico”, en *B. C. M. H. A. N.*
– (1927): *Euskariana. Octava serie. Orígenes del pueblo euskaldún (Iberos, keltas y baskos). Testimonios de la Antropología, Etnografía, Etnología y Arqueología*, Imp. y Lib. de J. García, Pamplona.
– (1934), “Los consejos de los tiempos pasados”, en *Narraciones baskas*, Beñat Idaztiak, Zarautz.
– (1985a): “Discurso en el Congreso de los Diputados el día 24 de mayo de 1893”, en *Obras Completas*, vol. XIII, Mintzoa, Pamplona.
– (1985b): “Discurso en el Congreso de los Diputados el día 22 de julio de 1893”, en *Obras Completas*, vol. XIII, Mintzoa, Pamplona.
– (1985c): “Iberos, Celtas y Éuskaros”, en *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*.
– (1985d), “Fuerismo, regionalismo y federalismo”, en *Obras Completas*, Mintzoa, volumen XV.
– (S.f.), *Euskariana, Novena serie (Nabarra en su vida histórica)*, Imp. de J. García, Pamplona.
- CAMPO, Luis del (1960): *Jaizki el proscrito. Un suceso entre Vasconia y Roma en tiempos de Julio César*, Icharopena, Zarautz.
- CONDE DE RODEZNO (1912): “Arturo Campión. Semblanza literaria”, en *Diario de Navarra*, 20-I-1912 a 18-II-1912.
– (1932): “Unas cuartillas del diputado a Cortes Sr. Domínguez Arévalo”, en *Diario de Navarra*, 17-VI-1932.
– (1947): . “Una fecha memorable”, en *Príncipe de Viana*, nº 26, Pamplona.

D'ORS, Alvaro (1966): "Fuero", en *Pregón*, nº 89.

ELIAS DE TEJADA, Francisco (1956): "La literatura política en la Navarra medieval", en *Príncipe de Viana*, nº 63.

[ESCUADERO, Cayo] (1867): *Laurac-bat*, Imp. S. Bandrés, Pamplona.

ESPARZA, Eladio (1935): *Discurso sobre el Fuero de Navarra*, Ed. Príncipe de Viana, Pamplona.

– (1936): "El sentido de las cosas", en *Diario de Navarra*, 21-XI-1936.

– (1940): *Pequeña Historia del Reino de Navarra*, Ed. Españolas, Madrid.

– (1943): "Nuevas investigaciones sobre la lengua vasca", en *Príncipe de Viana*, nº 11.

ESTEBAN, Juan Pedro (1924): "Navarrismo castizo", en *Diario de Navarra*, 13 y 16-IV-1924.

– (1931): "Nuestro Estatuto", en *La Avalancha*, nº875.

– (1932): "Por la autonomía regional", en *La Avalancha*, nº 891.

– (1936), "Navarra Española", en *Diario de Navarra*, 10-IX-1936.

ESTORNÉS, Bernardo (1965): *Orígenes de los vascos*, Ed. Auñamendi, San Sebastián. 4 volúmenes.

ESTORNÉS ZUBIZARRETA, Idoia (1978): *Carlismo y abolición foral*, Auñamendi, San Sebastián.

ETAYO, Gervasio (1893): *Paz y Fueros. La manifestación fuerista de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona.

F. S. (1936): "El enigma vasco", en *Diario de Navarra*, 3-X-1936.

FERNÁNDEZ VIGUERA, Silvia (1990): "La ideología social y política de Raimundo Fernández García Garcilaso (1903-1929)", *Príncipe de Viana*, nº 189.

GARCÍA, Raimundo ("Garcilaso") (1911): "El Castillo real de Olite se hunde", en *Diario de Navarra*, 29-X-1911.

GENETTE, Gerard (1989): *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Taurus, Madrid.

GÚRPIDE, Julio (1944): *Geografía e Historia de Navarra. Lecturas- leyendas-tradiciones. Biografías de Hombres Ilustres de Navarra*, Aramburu.

– (1953): *Navarra foral siempre española. Divulgación foral*, Aramburu.

HUARTE, José M^a (1934): "Oasis del turismo consciente", en *Vida Navarra*.

HUICI, Vicente (1981): "Ideología y política en Arturo Campión", en *Príncipe de Viana*, nº 163.

IBARRA, Javier (1953): *Ilustres navarros del siglo XIX y parte del XX*, Imp. de J. García, Pamplona.

IBERO, Fr. Evangelista de (1906): *Ami Vasco*, Imp. de E. Arteche, Bilbao.

IRABURU, José M^a ("J. M. LUZAIDE") (1922): *Boiras. Narraciones, poesía y comentarios históricos en torno de Roncesvalles*, Imp. de Higinio Coronas, Pamplona.

IRIARTE, Iñaki (1998): "La lengua, los bosques, las casas y las leyes. Un caso de homotimia en la cultura política navarra", en *Actas del IV Congreso de Historia de Navarra*, SEHN, Pamplona, vol. II.

– (1999): "El pueblo de las ruinas. Metáforas en torno a la decadencia y reconstrucción de Navarra", en *Sancho el Sabio*, nº 10.

IRIBAS, Gregorio (1894), *Los derechos de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona.

ITURRALDE Y SUIT, Juan (1911): *Obras II. La prehistoria en Navarra*, Imp. de J. García, Pamplona.

– (1912): *Obras de Iturralde y Suit. Vol. I. Cuentos leyendas y descripciones euskaras*, Imp. de J. García, Pamplona.

LANDA, Nicasio (1878): "Una visión en la niebla", en *Revista Euskara*.

– (1924): "Reseña histórica de la universidad y valle de Lana", en *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*.

LANDA, Santos (1886): *Páginas de la Historia de Navarra. Puestas en verso para niños*, Imp. de J. Lorda, Pamplona.

LÉVI-STRAUSS, Claude (1993): *Las estructuras elementales de parentesco*, Planeta, Barcelona.

LOJENDIO, Juan Pablo (1935): "El hecho histórico vasco en la unidad imperial de España", *Revista de Estudios Hispánicos*, 1935.

LÓPEZ SANZ, Francisco (1939): "Navarra lleva en su seno...", en *Vida Vasca*, nº 16.

LOYER, Barbara (1998): *Géopolitique du Pays Basque. Nations et nationalisme en Espagne*, Éditions l'Harmattan, Paris.

MARQUÉS DE FERIA (1932): "¡Alerta, Navarros!", en *Diario de Navarra*, 15-VI-1932.

MARTÍNEZ-BELOQUI, M^a Sagrario (1984), "Las relaciones entre la diputación navarra y las Provincias Vascongadas en 1866": en *Eusko Ikaskuntzaren IX. Kongresoa. Gaurko Euskal Gizartearen sorburu hurbilak XVIII-XIX Mendek*, Eusko Ikaskuntza, Donostia.

MARTÍNEZ-PENUELA, Araceli (1989): *Antecedentes y primeros pasos del Nacionalismo Vasco en Navarra, 1878-1918*, Gobierno de Navarra, Dep. de Educación y Cultura, Pamplona.

MAUSS, Marcel (1979): *Sociología y Antropología*, Tecnos, Madrid.

MORET, José de (1890-1892): *Anales del Reino de Navarra*, Establecimiento tipográfico de E. López, Tolosa. 12 volúmenes.

NAVARRO VILLOSLADA, Francisco (1977), *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao. Original de 1876.

OLABARRI, Ignacio (1988): "Notas en torno al problema de la conciencia colectiva de los navarros en el XIX", en *Congreso de Historia de Euskal Herria*, tomo V, Servicio Central de Pub. del Gobierno Vasco, Gasteiz.

OLÓRIZ, Hermilio de (1880): *Fundamento y defensa de los fueros*, Imp. de R. Velandía, Pamplona.

– (1887): *Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona.

ORTABE, Máximo (1946): *En el castillo de Tiebas. Poema*, Imp. Diocesana, Pamplona.

– (1952): *Navarra vuelve*, Imp. de J. García, Pamplona.

OYARZUN, Roman (1939): *Historia del Carlismo*, Ed. FE, Bilbao.

PÉREZ DE URBEL, Fray Justo (1946): *Los vascos en el nacimiento de Castilla*, La Editorial Vizcaína, Bilbao.

PÉREZ-AGOTE, Alfonso (1989): "Cambio social e ideológico en Navarra (1936-1982)", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 46.

PRADERA, Victor (1917): *Regionalismo y Nacionalismo*, Imp. de "El Correo Español", Madrid.

– (1918): *El Misterio de los Fueros Vascos*, J. Rates, Madrid.

– (1932): "Carta abierta", en *Diario de Navarra*, 16-VI-1932.

– (1945): "La pasión por Vasconia", en *Obra Completa*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid. 2 volúmenes.

– (S. F.): *Por Navarra, para España*.

- RICOEUR, Paul (1995): *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Siglo XXI eds., México D. F.
- [SALAVERRIA, Mariano] GAZTELU, J. (1912): *Rémoras de la cultura vasca*, Talleres Tip. De La Voz de Guipúzcoa, San Sebastián.
- [SARASA, Natalio] UN NAVARRO (1901): *La Tesis católica en Navarra o sea el programa de los católicos navarros*, Imp. y Lib. de Erice y García, Pamplona.
- SOLA, Marcial (1934): *Tradicionalismo igual a navarrismo*, Gráficas Vasconia, Pamplona, 1934.
- URMENETA, Miguel Javier (1981): "Prólogo" a *Amaya o los Vascos en el siglo VIII*, Edición en cómic, guión y dibujos de RAMOS, CAN, Pamplona.
- WHITE, Hayden (1992): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, F. C. E., México D. F.
- YABEN, Hilario (1932): "El Estatuto y el momento actual", en *Diario de Navarra*, 10-VI-1932.